El 19 de junio la mañana estaba serena, tibia, azulada. Los rayos del sol naciente apenas besaban las cimas de -- los montes. Los troncos de los árboles desgajados por el ca-- ñón, arrojaban nuevos retoños que impregnaban el ambiente con- sus frescas y perfumadas emanaciones.

En medio de aquel cuadro risueño como un idilio de -- amor, enmedio de la naturaleza virgen, húmeda, llena de volup- tuosos desfallecimientos y de vida y de luz, se destacaba una- escena terrible y sombría.

Sobre aquel florido valle se levanta la pequeña eminen cia denominada Cerro de las Campanas.

Al toque de diana, comenzaron a desfilar las tropas ha cia el Cerro; una división de cuatro mil hombres al mando del - General Díaz de León, los cuales formaban dos cuadros; uno en - contacto con el público y otro pequeño dentro del grande en con tacto con los ajusticiados, al pie del Cerro por el frente que- mira al Nordeste.

Las armas del formidable cuadro de tropa, reverberaban en la esplanada con la luz del sol y multitud de gente del - -- pueblo acudía silenciosa a colocarse en el basto recinto de la- colina.

LLEGAN LOS REOS AL CERRO.

Minutos antes de las siete de la mañana de aquel día - memorable, llegaron los reos al Cerro, que dista más de un ki- lómetro de la ciudad.

Descendieron de sus carruajes, apoyados del brazo de -

un sacerdote cada uno, asiendo un Crucifijo que reclanaban a sus pechos, rezando en voz muy baja.

Vestían de negro un lucían una franja azúl en el chaleco.

El primero en aparecer fué Maximiliano, acompañado del Padre Soria.

Su contingente era majestuoso; estaba un poco pálido- y al contemplar aquel firmamento sereno y tranquilo, exclamó:

-"En un día tan hermoso como éste quería morir!"

Acudió su criado húngaro Tudos a quien preguntó:

-¿Nadie más ha venido? . . . . .

En los días de prosperidad todos se disputaban el honor de estar a su lado, pero ahora en camino del cadalzo, su fiel sirviente era el único que lo acompañaba.

Sin embargo el Barón de Magnus y el Cónsul Bahnssen, - estaban presentes, aunque no le fué posible verlos.

Siguió Miramón en unión del sacerdote Ladrón de Guevara, tranquilo, con su porte automático de gran soldado; hacía alarde de firmeza y altivez.

Fué el último Mejía acompañado del Padre Ochoa, triste, con el semblante de enfermo, como en efecto lo estaba, caminó pausadamente.

Maximiliano se enjugó el sudor de la frente y entregando el pañuelo y el sombrero de fieltro blanco, a su criado Tudos, le dijo en húngaro:

-"Lleva ésto a mi madre y dile que para ella fueron - mis últimos pensamientos, enseguida dirigiéndose a sus Genera

les que sucesivamente habían abandonado sus vehículos, les dijo muy cortesmente: "Vamos señores"..... y avanzó hasta entrar en el pqueño cuadro de la ejecución, colocándose de espalda al paredón y esperó.....

LA EJECUCION DEL ARCHIDUQUE Y SUS GENERALES.

Junto con el noble Hapsburgo subían a la muerte los Generales Miramón y Mejía, criollo el uno, indio el otro y ambos sus intrépidos compañeros en la pasada lucha.

Miramón se colocó a la izquierda de Maximiliano y Mejía a la derecha.

El General que mandaba las tropas J. Díaz de León, mandó leer la órden la que condenaba a muerte, a todo el que intentase oponerse a la ejecución y se concedió la palabra a los sentenciados.

El sol que estaba ya muy alto en el cielo purísimo, radiaba sus rayos sobre el perfumado azúl de las montañas y bañaba el valle con su intensa luz.

El Cerro cual inmensa roca arrojada al valle, se levantaba desnudo y amarillento, enverdecido a trechos por los nopales; un cuadro de cuatro mil hombres de tropa lo circundaban con sus filas regulares y uniformes de batallones, cuyas armas cintilaban a la luz del sol.

Al Oeste de la llanura, extendiéndose la carretera polvorienta del camino de Celaya, al Este de la línea blancas azoteas de la ciudad, aparecen interrumpidas por la arboleda y coronadas de multitud de cruces, cúpulas y torres, cercando el horizonte la azulada endentadura de las cordilleras.

Tras el imponente cuadro de tropa, la esposa del General Mejía, la señora Agustina Castro, loca de dolor, corría por los alrededores con su hijo en los brazos.

El Oficial que mandaba el pelotón de la ejecución, se aproximó a Maximiliano y le pidió perdón por la órden que iba a ejecutar.

El Emperador distribuyó a los soldados varias monedas de oro de veinte pesos con su efigie y les recomendó que no le apuntaran al rostro, lanzando su última mirada al cielo purísimo, impregnado con la luz suave y cintilante de la mañana, como su último adiós a la vida.

Mejía dió también a los que debían disparar sobre el, una onza de oro para que se la repartiesen.

Maximiliano abrazó con efusión a sus Generales Miramón y Mejía y notando que se encontraba enmedio de ellos, con exquisita manera asió de la mano a Miramón y le cedió el centro, diciéndole: "Este es el lugar de los valientes".

ULTIMAS PALABRAS.

Según otros historiadores, las frases del Emperador fueron las siguientes:

"Los valientes deben ser respetados de los monarcas, hasta en la muerte; General, pasad al sitio de honor".

Miramón pasó al centro.

En éstos críticos momentos rompe el cuadro un niño vestido con elegancia que llevaba en una charola tres vendas de tela finísima, muy blancas, arregladas por delicadas manos femeninas.

Dirigiéndose a Maximiliano le presentó la ofrenda, -- quien las tomó, pero enseguida en alto las estrujó y las dejó caer.

El niño salió con ellas.

Entónces con voz firme y dirigiéndose a la muchedumbre exclamó;

"Mexicanos:

Los hombres de mi raza y de mi alcurnia, nacen para -- hacer la felicidad de los pueblos o para mártirez; que sea mi- sangre la última que se derrame por la redención de éste des-- venturado País".

"¡Viva México!"

Después el General Miramón con el estruendo de su voz, como cuando mandaba el ejército en el campo de batalla dijo:

"Mexicanos:

Ante el Consejo de Guerra, mis defensores solo trataban de salvarme la vida; en el momento en que voy a comparecer an-- te la presencia de Dios, protesto contra el nombre de traidor - que se me ha arrojado al rostro para justificar mi sentencia.-- Que los mexicanos retiren de mis hijos ese borrón de ignominia- y que mi patria sea venturosa".

"¡Viva México!"

El General Mejía, levantó los ojos al Cielo exclamando:

"Madre Santísima ruega por que tu hijo me perdone, como yo a los que van a sacrificarme".

Dicen unos historiadores que Mejía no habló nada; que permaneció silencioso, esperando la muerte con la impasibilidad de su raza, teniendo el Crucifijo en su mano, que separó al - ver que los soldados le apuntaban.

Maximiliano, colocado en el sitio designado, había suplicado no le lastimaran el rostro; separó su rubia barba con ambas manos, hechándola hacia los hombros, mostrando el pecho.

Lo mismo hizo Miramón, diciendo a los soldados: "Aquí" señalando el corazón y levantó la cabeza.

El Capitán Marroquín que fué el que mandó la ejecución levantó su espada a la altura de los hombres y los ejecutantes prepararon las armas; la tendió y apuntaron; hizo un ademán de ataque y dispararon seis de los Sargentos.

Los tiros, de tan uniformes, simularon uno solo.

Y esa descarga echó por tierra a las tres columnas del Imperio.

Al estallar los disparos del pelotón y por entre las - espirales de humo que se desvanecían muy lentamente, apareció- Maximiliano, retorciéndose, bañado en sangre y diciendo en tono dolorido: "ay hombre, hombre!"

Había roto con la mano derecha el botón de su chaleco- que empezaba a arder.

Entónces Marroquín ordenó a Blanquet, que según dicen- unos historiadores fué uno de los tiradores, que le diera el - tiro de gracia, pero bien dado.

Blanquet se lo dió de un modo magistral.

Dicho tiro de gracia lo hizo espirar, exhalando el últi mo aliento.